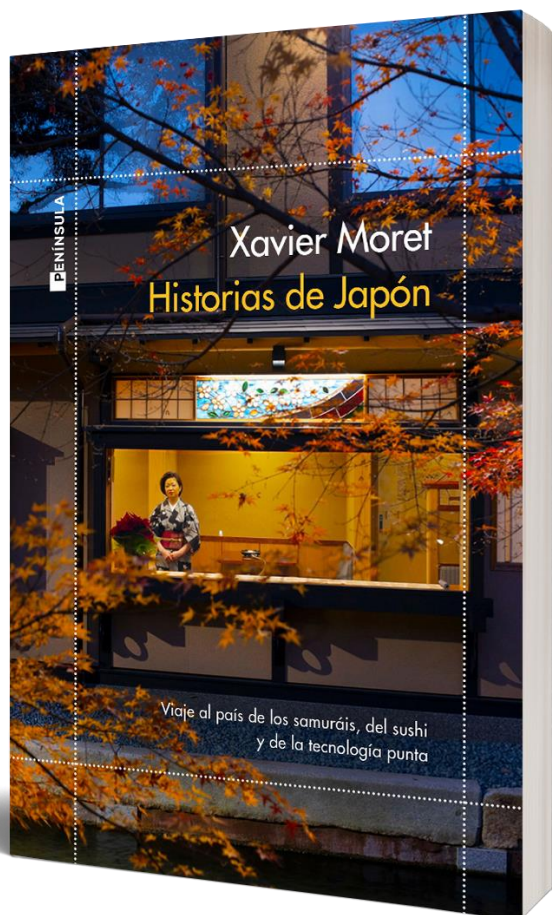


PENÍNSULA



XAVIER MORET

HISTORIAS DE JAPÓN

Viaje por el país de los samuráis,
del sushi y de la tecnología punta

**El incansable viajero Xavier Moret nos adentra
en las esencias de Japón.**

**A LA VENTA EL 9 DE JUNIO
AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
ITZIAR PRIETO (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)
T: 659 45 41 80/ E: iprieto@planeta.es

SINOPSIS

En el parque de Ueno, en Tokio, hay una estatua de Saigo Takamori, considerado el último samurái y símbolo de la defensa a ultranza de la tradición. Prueba de ello es que se suicidó en 1873, haciéndose el harakiri, tras perder una batalla contra las tropas de un gobierno que abogaba por la modernidad.

Japón es una tierra de contrastes por excelencia: la persistencia del pasado y la mirada al futuro conviven en un país donde la tecnología punta y los rascacielos cohabitan con la mentalidad samurái y los templos y santuarios antiguos, donde la naturaleza es venerada como un dios y la gastronomía se esfuerza por alcanzar la perfección. Xavier Moret describe el País del Sol Naciente de hoy a través de sus viajes por sus tres grandes islas (Honshu, Kyushu y Shikoku) y sus estancias en las principales ciudades (Tokio, Kioto y Osaka) y trata de dar las claves para comprender la cultura y la complejidad de un país que cada día fascina más a Occidente.

EL AUTOR

XAVIER MORET (Barcelona, 1952) es periodista y escritor. Ha trabajado en varios diarios y en televisión y ha viajado por todo el mundo para escribir reportajes y libros de viajes. En 1998 publicó *América, América. Viaje por California y el Far West*. Le siguieron, entre otros, libros sobre Islandia (*La isla secreta*, 2002), Grecia (*Grecia. Viaje de otoño*, 2016), Armenia (*La memoria del Ararat*, 2015) y África (*A la sombra del baobab*, 2006, y *Tras los pasos de Livingstone*, 2019). También es autor de varias novelas. La última, en catalán, es *Formentera Blues* (2019).



Edición en simultáneo en catalán, a cargo de Pòrtic Edicions.

Para más información, contactar con:

Xavier Gafarot

T: 93 492 86 54 / E: xgafarot@grup62.com

EXTRACTOS DE LA OBRA

PRÓLOGO

«[...] En Japón la tradición pesa, y pesa mucho. Son cosas como esta las que hacen que este país, pionero en cuanto a modernidad y tecnología se refiere, sea mucho más complejo de lo que parece a primera vista.»

«[...] En el Japón moderno, que, según los historiadores, empieza con la restauración Meiji de 1868, ha habido hasta ahora cinco eras: las tres ya mencionadas —*showa*, *heisei* y *reiwa*— y, además, la *taisho* ('gran virtud'; 1912-1926) y la *meiji* ('reino ilustrado'; 1868-1912). De acuerdo con los japoneses, todos los ciudadanos de una era comparten ciertas características; los de la era *meiji*, por ejemplo, son tozudos; los de la *taisho*, liberales; los de la *showa*, adictos al trabajo, y los de la *heisei*, individualistas. Los de la *reiwa*, ya veremos.»

«[...] Japón abandonó la sociedad feudal en la que había estado inmerso durante muchos años y se abrió al mundo. Para confirmar esta apertura, entre el 23 de diciembre de 1871 y el 13 de septiembre de 1873, la *Misión Iwakura*, formada por integrantes del Gobierno, expertos en distintos ámbitos y unos sesenta estudiantes, fue enviada a Estados Unidos y a algunos países de Europa, África y Asia para estudiar qué podía copiar Japón del extranjero. Finalmente se quedaron, a grandes rasgos, con los modelos de la Marina inglesa, el arte italiano, el Código Civil francés, las escuelas alemanas y el desarrollo de los espacios vírgenes de Estados Unidos. Esto último lo aplicaron, en concreto, en la isla de Hokkaido, al norte del país.»

«[...] Entre 1945 y 1952, bajo la supervisión del general norteamericano Douglas MacArthur, los aliados ocuparon el país y los japoneses tuvieron que renunciar a los sueños de grandeza imperial para concentrarse en el trabajo. Lo hicieron tan bien que después de treinta años de pujanza se convirtieron en la primera economía mundial. A mediados de los años ochenta, sin embargo, las burbujas inmobiliaria y financiera hicieron caer al país en una larga crisis que todavía dura.»

«[...] Tras los años de ocupación, los Juegos Olímpicos de 1964 fueron un momento clave para Japón. Los japoneses se habían pasado dos décadas reconstruyendo un país destrozado por las bombas de la Segunda Guerra Mundial, pero a partir de aquellos Juegos Olímpicos vivieron un impulso económico que los llevó a convertirse en uno de los países más ricos del mundo.»

«[...] Con la nueva era *reiwa*, los japoneses también buscan dejar atrás la larga crisis económica que afecta al país desde mediados de los años ochenta del siglo pasado. En este contexto, la proclamación del nuevo emperador, junto con la celebración de los Juegos Olímpicos de Tokio en 2020, eran vistos como una gran oportunidad de pasar página y dar a Japón un nuevo empujón que lo vuelva a situar entre los países

más avanzados del mundo. Desgraciadamente, la irrupción de la COVID-19 provocó a inicios de 2020 una pandemia mundial que hizo que se aplazaran los Juegos del 2020 hasta el verano del 2021, dejando tocada la economía de Japón.»

TOKIO

«[...] Recuerdo que la primera vez que llegué a Tokio tuve la impresión de entrar en un hormiguero gigante con grandes neones que reproducían imágenes de japoneses sonrientes anunciando vete tú a saber qué con ideogramas incomprensibles al lado. Esta, la de la escritura, es la barrera inicial, la que te lleva a tomar conciencia de que no te será nada fácil entender ese mundo. Y es que los japoneses tienen tres formas de escritura: los kanjis, o ideogramas de origen chino, y los alfabetos silábicos hiragana y katakana. El número total de kanjis es de unos cincuenta mil, a pesar de que en el día a día solo utilizan unos tres mil.»

«[...] Cuando llegas a Tokio, no tardas en comprender que el metro es la gran metáfora de la capital. Si en algún momento tienes la tentación de pensar que ya entiendes esta gran ciudad, basta con que pases unas horas en el metro para darte cuenta de que estás en un error. Porque Tokio es tan excesiva que no siempre puede entenderse; hay que conformarse con vivirla, que ya está bien.»

«[...] El metro y el tren son, sin discusión, los principales medios de transporte en Tokio, con una cifra cercana a los diez millones de pasajeros diarios. Una locura, pero no es sorprendente en una ciudad donde, durante el día, a causa de los oficinistas, hay doce millones de personas más que por la noche.»

«[...] El tiempo juega un papel muy importante en la sociedad japonesa. Los horarios deben cumplirse y llegar tarde está mal visto. Por eso, los trenes de Tokio acostumbran a ser muy puntuales.»

«[...] El mundo laboral japonés es muy distinto al de los países europeos, hasta el punto de que el trabajo a menudo pasa por delante de la familia: el horario se prolonga más de lo debido, tienen pocas vacaciones (veinte días al año que no siempre se toman) y viven con un estrés casi permanente. El sueldo aumenta a medida que pasan los años y ellos se muestran fieles (o sumisos) a la empresa.»

«[...] El metro de Tokio es, entre otras muchas cosas, un buen sitio para observar la variada población de la capital. Además de los *salaryman*, que suelen ir prácticamente de uniforme, y las *office girls*, que aprovechan los largos recorridos para maquillarse, hay muchos escolares (también uniformados) y representantes de distintas tribus urbanas. Como puede verse, hay gente muy distinta, pero una cosa los unifica: son muchos los que llevan una mascarilla higiénica, incluso antes del coronavirus, ya sea para no contagiarse o para no contagiar enfermedades a los demás.»

«[...] Cuando viajas en metro, Tokio desconcierta por excesiva, pero cuando pisas sus calles, la ciudad te sigue desconcertando, entre otras cosas porque es una capital que ha ido creciendo sin planificación urbanística y no es fácil encontrar el centro.»

«[...] Entre las tiendas de *Shibuya* (y, de hecho, de todo Japón) llaman la atención las llamadas **Don Quijote**, conocidas popularmente como *Donki*. Bajo este nombre tan literario se esconde una cadena japonesa que desde 1989 vende muchísimas cosas baratas en unos almacenes abarrotados de productos. Es casi imposible entrar sin salir con algún artículo, aunque no sepas muy bien qué es. Para incentivar el consumismo, en todos los *Donki* suena la canción *Miracle Shopping*.»

«[...] Si seguimos paseando, otra cosa que llama la atención en Japón son las máquinas de venta automática. Las hay por todas partes, a menudo alineadas en las esquinas, como si compitiesen para ver cuál tienda más al transeúnte. Básicamente venden bebidas, frías y calientes (estas últimas suelen tener el tapón de color naranja), pero también tabaco, fruta, revistas porno, mascarillas higiénicas, sopas preparadas, camisetas, corbatas, bragas, calzoncillos y todo lo imaginable.»

«[...] A la hora de comer, en Japón se multiplican las posibilidades, porque hay restaurantes especializados en toda clase de menús en los que la estética juega casi siempre un papel importante, y el dominio de los palillos, también. Conviene advertir, por otra parte, que en contra de lo que muchos piensan, la comida japonesa no se reduce a sushi, ramen y tempura. Hay también *nigiri*, *tataki*, *sashimi*, *yakitori*, *gyoza*, *yakisoba*, *mochi*, *okonomiyaki* y otros muchos platos que irán saliendo a lo largo de este libro.»

«[...] Los templos y los santuarios suelen ser oasis de paz en medio de la fiebre de Tokio. Hay más de cuatro mil y, entre los más famosos, figuran el templo budista de *Senso-ji*, en el barrio tradicional de *Asakusa*, y el santuario de Meiji, rodeado de un bosque en pleno centro. Son los más visitados, pero si yo tuviera que elegir solo dos, me inclinaría por el santuario de *Yasukuni* y el templo de *Sengaku-ji*, donde están enterrados los cuarenta y siete samuráis. No son seguramente los más bellos, pero me interesan por su contenido y por su significado.»

«[...] La historia de los cuarenta y siete samuráis se remonta al mes de marzo de 1701, cuando el señor feudal de Ako, Asano Naganori, fue obligado a suicidarse mediante *seppuku* por haber atacado a Kira Yoshinaka, un oficial de la corte del emperador que lo había humillado. De hecho, solo lo hirió ligeramente, pero desenvainar la espada en la corte del emperador estaba penado con la muerte. Desprovistos de su líder, sus cuarenta y siete samuráis se convirtieron en *ronin* (samuráis errantes sin señor a quien servir) y juraron venganza. Para no despertar sospechas, se separaron y se disfrazaron de comerciantes y monjes; algunos incluso se separaron de su mujer, fingieron que eran unos borrachos y se pusieron a dormir en la calle. Al cabo de catorce meses, el 14 de diciembre de 1702, volvieron a reunirse en secreto, se armaron con espadas y flechas y asaltaron la casa de Kira Yoshinaka. Una vez vencido, lo invitaron a que se suicidara para vengar a su señor Asano, pero dado que este se

negó, lo mataron. Después le cortaron la cabeza con la misma espada con la que Asano había cometido *seppuku* y se la llevaron al templo de *Sengaku-ji*, donde estaba enterrado su señor. Los cuarenta y siete *ronin* fueron condenados por el sogún a cometer *seppuku*, cosa que hicieron todos al mismo tiempo en 1703.»

«[...] Parece, por lo menos a primera vista, que no puede haber nada más alejado del budismo, del sintoísmo y de la tradición que el manga, el anime, la electrónica y los videojuegos. Y, sin embargo, esos dos mundos conviven sin problemas en Tokio, una ciudad capaz de integrar la tradición milenaria, los cómics y la tecnología punta. Si alguien lo duda, le bastará con dar un paseo por el barrio de Akihabara para certificarlo. *Akihabara*, conocido coloquialmente como *Akiba*, es el barrio de la electrónica, los ordenadores, los videojuegos, las cámaras, las series y películas de anime y las grandes tiendas de manga.»

CERCA DE TOKIO

«[...] La primera vez que ves la silueta inconfundible del monte Fuji, de forma cónica y con la cima nevada, quedas extasiado. A mí me ocurrió en el Tokyo Skytree, la gran torre de comunicaciones de la capital de Japón. Estaba allí, admirando la inmensidad de la ciudad y tratando de identificar los distintos barrios y monumentos, cuando las nubes se apartaron de repente y dejaron ver este volcán de 3.776 metros, considerado sagrado para los sintoístas. Me quedé atónito mientras lo observaba. Lo había visto muchas veces en internet, en libros o en postales, pero en directo era muy distinto. A mi alrededor, un grupo de japoneses empezaron a lanzar exclamaciones de admiración mientras no cesaban de tomar fotos de la montaña.»

«[...] El Fuji, por otra parte, siempre ha jugado un importante papel en la simbología de Japón, puesto que se considera la montaña más bella del país. Primero solo subían a la cima los *yamabushi*, unos ermitaños budistas que vivían en las montañas. Pero ahora, los turistas que ascienden por deporte o para hacerse una selfi en la cima son absoluta mayoría y, por desgracia, cada año dejan más desperdicios. Aunque la última erupción del volcán fue en 1707-1708, los japoneses afirman que si no se corrige la dejadez de algunos turistas, puede que la montaña se enfade y vuelva a escupir fuego.»

LA ISLA DE SHIKOKU

«[...] ¿Por qué habíamos elegido ir a Shikoku? Pues porque era una parte de Japón que ninguno de los tres conocía y porque nos habían dicho que se trataba de una isla con pocos turistas, casi pegada a la isla principal de Honshu, con fuerte presencia del mundo rural y abundantes montañas y bosques. Otros factores decisivos fueron saber que se podía hacer peregrinaje por ochenta y ocho templos budistas y que allí

se habían escondido tiempo atrás los soldados derrotados en guerras antiguas. Bueno, todo esto era sin duda interesante, pero confieso que, en mi caso, si decidí ir a Shikoku fue también porque esta isla prometía ser todo un contraste con la superpoblada Tokio.»

«[...] Hasta que no salimos de la carretera principal para dirigirnos hacia el interior de la isla, el paisaje no me pareció que tuviera nada destacable. Era solo una sucesión de casas feas, naves industriales y grandes tiendas que ocultaban la vista del mar. En aquella parte de la isla de Shikoku, era evidente que el cemento dominaba, pero en cuanto nos desviamos hacia el interior, todo cambió. Trazando curvas y más curvas, la carretera se encaramó como si tuviera prisa por colinas boscosas, ofreciendo de vez en cuando el paréntesis de un pueblecito que mostraba que la vida rural aún estaba muy viva en la isla.»

«[...] El origen de la peregrinación de la isla de Shikoku se atribuye al monje Kobo Daishi, del siglo VIII, aunque el camino no quedó instituido hasta muchos años tras la muerte del monje, durante el período *edo* (1603-1868). Fue entonces cuando empezaron a publicarse guías para una peregrinación que hacía, sobre todo, la gente de clase baja, en busca de los favores de los dioses. En los últimos años, sin embargo, se apuntaban al camino todo tipo de personas, incluidos muchos extranjeros que valoraban más el tema deportivo que el espiritual, como ocurre también en el Camino de Santiago.»

«Hacia el mediodía, llegamos al templo de Okubo-ji, el número 88 del Camino de Shikoku. Estaba situado en pleno bosque, en lo alto de una colina, tenía un gran *torii* de entrada y contaba con unas cuantas edificaciones a distintos niveles, unidas por una red de sendas y escaleras. Nos llamó la atención que había mucha gente vestida de peregrino, con el sombrero cónico hecho con hojas de bambú y el uniforme blanco. Se les veía contentos y felices, quizás porque habían llegado al fin de la peregrinación. Con la cabeza inclinada, murmuraban una plegaria en el templo iluminado con lámparas de aceite, permanecían unos segundos en silencio y, en cuanto salían del templo, abandonaban el bordón en un rincón donde se amontonaban los bastones de los peregrinos que ya habían terminado el recorrido de los ochenta y ocho templos. Los había a centenares. A continuación, se hacían una foto frente al templo, soltaban un grito de euforia y se iban caminando hacia la carretera, supongo que a ocuparse de asuntos más mundanos.»

«[...] El paisaje, con árboles teñidos de colores de otoño, era tan montañoso y tan sublime que nos detuvimos varias veces para disfrutarlo y retratarlo. No nos cruzamos con ningún otro coche; solo con unos obreros que estaban ensanchando la carretera y que nos miraron como si fuésemos unos soldados perdidos en el bosque y en el tiempo.»

EL OESTE DE LA ISLA DE HONSHU

«[...] El transbordador que nos llevó de Matsuyama a Hiroshima tenía dos cubiertas e iba lleno, sobre todo de turistas japoneses. El mar estaba en calma y por el camino pudimos ver algunas de las muchas islas que hay en el mar Interior de Seto.»

«[...] Después de desembarcar en las afueras, subimos a un tranvía que en pocos minutos nos llevó a la estación de ferrocarril de Hiroshima, situada en pleno centro. Al dejar las maletas en la consigna, ya nos quedó claro que era imposible visitar la ciudad sin tener presente el recuerdo de la bomba atómica. En la misma estación había unas cuantas fotos en blanco y negro, de gran tamaño, que mostraban la ciudad destruida tras el bombardeo del 6 de agosto de 1945. Todo era ruina, muerte y desolación, un recuerdo terrible.»

«[...] De Hiroshima a Yamaguchi, una de las ciudades del oeste de la isla de Honshu, solo hay cuarenta y cinco minutos de viaje en shinkansen. Durante el trayecto, el tren va dejando atrás a gran velocidad, en medio de un silencio de misa, un entorno eminentemente industrial, lleno de fábricas, depósitos y chimeneas, para acabar cediendo el paso a un paisaje rural dominado por los arrozales.»

«[...] El templo zen de Toko-ji, fundado en el siglo xvii, fue nuestra última visita en Hagi. Después de dejar atrás tres anti-guas puertas de entrada, caminamos hasta el mausoleo de los Mori, la familia dominante en aquella región hasta mediados del siglo xix. El lugar es impresionante, porque data de 1691 y está lleno de tumbas y linternas de piedra abrazadas por un bosque muy denso en el que crecen criptomeras altísimas. Precedido por un gran torii de piedra, contagia una sensación de serenidad difícil de superar.»

«[...] En el mar Interior de Seto, que se extiende entre las islas de Honshu, Shikoku y Kyushu, hay unas setecientas islas, algunas selectas, como la de Naoshima, que atrae a los interesados en la arquitectura y el arte, y otras menos conocidas en las que el protagonismo se lo llevan las historias de piratas del pasado, como la de Innoshima, situada cerca de la ciudad de Ono-michi. En esta isla tenían su castillo los Murakami, una familia de piratas japoneses que controló el mar Interior durante doscientos años, desde finales del siglo XIV hasta finales del siglo XVI.»

KIOTO

«[...] La llegada a la estación de Kioto produce un fuerte impacto; el visitante se encuentra de repente en una estación enorme y moderna, llena de acero y cristal, catedralicia, con un vestíbulo de techos altísimos, muchos bares, tiendas y restaurantes, y multitud de gente que camina deprisa. Se inauguró en 1997, según un proyecto del arquitecto Hiroshi Hara, y desde el primer momento estuvo envuelta en la polémica, porque son muchos los que opinan que su modernidad no encaja con el espíritu tradicional de Kioto, una ciudad que no fue bombardeada durante la

Segunda Guerra Mundial, por lo que se ha conservado mucho mejor que Tokio u Osaka.»

«[...] No es raro que exista debate, ya que Kioto cuenta con unos dos mil templos, entre los que se encuentran algunos de los más bellos de Japón, pero también con barrios modernos que no sintonizan con la tradición japonesa. El encaje no es nada fácil.»

«[...] Visitar los distintos pabellones de Kiyomizu-dera y pasear en otoño bajo los árboles teñidos de colores cálidos es, si la multitud que suele haber allí lo permite, un ritual de reconciliación con Kioto, una ciudad fundada en el siglo VIII y que en el año 794 reemplazó a Nara como capital de Japón, hasta que en 1867 la restauración Meiji se llevó la capitalidad a Tokio. Después de visitar Kiyomizu-dera, es aconsejable no tener prisa por volver al centro y regalarse un paseo por esta parte alta donde todo es más tradicional y tranquilo (siempre que no coincidas con grandes grupos de turistas), con un aire más puro y la naturaleza muy cerca. Del mismo modo, en algunos momentos del paseo tienes la sensación de que Kioto es una ciudad disfrazada de pueblo, o una ciudad de dos plantas. En la planta de arriba, cerca de las colinas, hay una parte sagrada y tranquila; en la planta baja, la ciudad moderna y ruidosa.»

«[...] Crucé el río Kamo por el puente de Shijo-bashi y terminé la tarde paseando por la orilla del río, viendo a las parejas románticas que caminaban bajo los cerezos y a los adolescentes sentados en el césped con la mirada fija en el río. Aquel era un Kioto distinto, un Kioto muy apacible en el que era imposible no sentirse a gusto. Poco después, en la estrecha calle *Pontocho*, llena de bares y restaurantes con terrazas que dan al río, vi a unas cuantas geishas que andaban deprisa, con la mirada baja, para evitar las cámaras de los turistas y para no llegar tarde a su actuación. Viendo aquella imagen, pensé en los que hace tiempo que advierten que Kioto es una ciudad frágil, una especie en peligro de extinción.»

«[...] »

«[...] Es evidente que Kioto no se limita solo a los templos, santuarios y jardines; también hay barrios modernos, rascacielos, calles y avenidas comerciales, como las de Shijo-dori (la Cuarta Avenida), que cruza el río Kamo, y Kawaramachi, paralela al río. En estas dos calles, por cierto, está prohibido fumar. En el mismo barrio hay, además, las calles peatonales de Teramachi y Shinkyogoku, que por el hecho de estar cubiertas tienen un aire de bazar oriental.»

«[...] El Kioto comercial es, por supuesto, muy distinto del de los templos, pero tiene alicientes como el mercado de Nishiki, con más de cien tiendas distribuidas a lo largo de una calle estrecha. Merece la pena ir, a pesar de que a menudo está lleno de turistas, para ver los muchos productos característicos de la cocina japonesa, para curiosear y para comprar comida tradicional.»

OSAKA, LOS LUGARES SANTOS Y LA MONTAÑA

«[...] Es bueno ir a Osaka después de pasar por Kioto, porque Osaka es, en cierto modo, el contrapunto de Kioto. Aunque ambas ciudades están separadas por solo media hora en tren, la diferencia entre ellas es abismal: mientras que Kioto es la guardiana de la tradición, Osaka es una ciudad moderna y desacomplejada, no muy bonita, es verdad, pero con una vitalidad que le envidian otras ciudades japonesas. Los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial la maltrataron y el centro ha crecido de forma desordenada, con edificios altos y feos, pasos elevados de coches, cables de teléfono y de electricidad que cuelgan sin ningún orden y un río que asoma de vez en cuando para mostrar que, a pesar de todo, Osaka es una ciudad con alma. También está el castillo, claro, un castillo impresionante del siglo xvi, rodeado de murallas y de jardines llenos de cerezos, que ilustra el pasado y la fidelidad de Osaka a una tradición que en muchos momentos cuesta ver.»

«[...] En Osaka vuelve el estrés de la vida urbana. Sus habitantes tienen fama de ser muy creativos, de tener un sentido del humor afinado, un dialecto que los caracteriza y de ir a contracorriente. Esto último se puede ver en cosas muy cotidianas, como por ejemplo cuando, a diferencia de lo que sucede en Kioto o en Tokio, los ciudadanos de Osaka cruzan los pasos de peatones en rojo y se colocan a la derecha en las escaleras mecánicas, no como en Tokio, donde se sitúan a la izquierda. En el metro de Osaka, por otro lado, no ves tantos salaryman como en Tokio; la gente viste de otro modo y da la sensación de que las apariencias uniformadas no son tan importantes.»

«[...] Cuando se trata de pasear por Osaka, no debemos olvidar que esta ciudad es la capital del Japón gastronómico. La gente de Osaka ha acuñado incluso una expresión, "kuidaore", que significa 'comer hasta arruinarse'. Esta expresión viene de una frase hecha según la cual la gente de Tokio se lo gasta todo en zapatos; los de Kioto, en kimonos, y los de Osaka, en comida. Para probar la comida de Osaka, lo mejor es acercarse al atardecer al barrio de Dotonbori, donde la multitud invade las calles para vibrar con una gran cantidad de restaurantes, con fachadas espectaculares en las que puedes ver un cangrejo gigante, un cocinero con expresión de enojado y muchos otros neones imaginativos y deslumbrantes. Todo esto convierte el barrio en una especie de parque temático donde tienes la sensación de que siempre está pasando algo.»

«[...] La mitad de los monasterios de Koya ofrecen lo que llaman "shukubo", que es la posibilidad de dormir, comer y participar de las plegarias de los monjes. Puesto que me habían advertido que a veces cuesta encontrar habitación, tuve la precaución de hacer la reserva unas semanas antes en el monasterio Seki-shoin, cerca del gran cementerio de Okunoin.»

«[...] Me gustó la habitación, estilo *ryokan*, con tatami en el suelo, futón guardado en el armario, almohada de cáscara de arroz y un balcón que daba a un bosque dominado por la niebla. El baño estaba en el exterior, comunitario, y había un *onsen* en la planta baja. Unos carteles en inglés insistían en la necesidad de silencio y pedían perdón por si los empleados no eran «muy amables». Lo justificaban alegando que no todos eran monjes, como si los monjes tuvieran la garantía de la amabilidad. Otro cartel decía: «Si tienes algún problema, dínoslo. Nuestro inglés no es fluido, pero siempre podemos recurrir a los aparatos de traducción.»»

«[...] A las siete de la mañana fui al ritual goma que se celebraba en el mismo monasterio, propio de la rama del budismo *shingon*. Había unos cuantos monjes sentados en el centro, recitando *sutras* frente a un hornillo encendido con carbón, donde quemaron ciento ocho palitos de madera y esparcieron ciento ocho semillas de sésamo (el número 108 es sagrado para el budismo). Alrededor, sentados en círculo en el suelo con las piernas cruzadas, había una treintena de peregrinos. Olía a incienso y la sala estaba llena de linternas y de figuras de Buda de distintas medidas. La plegaria, según me tradujo un peregrino, era por la paz de los antepasados y para desearnos un futuro espléndido. El fuego representaba la bondad de Buda y los bastoncitos, los deseos de los humanos, origen de todo el dolor. Las semillas de sésamo eran ofrendas simbólicas.»

«[...] Al día siguiente, sintiéndome en cierto modo agredido por el ambiente urbano de Osaka, decidí profundizar en la espiritualidad de Japón viajando al santuario de Ise, considerado por los sintoístas el lugar más sagrado del país. De Koyasan a Ise. No podía negarse que mi viaje había tomado de repente una dimensión espiritual.»

«[...] Fue un largo viaje desde Osaka, pero en cuanto entré en el santuario exterior de Ise, Geku, supe que merecía la pena. De hecho, no me fue necesario ni entrar en el santuario. Solo pasar por el gran *torii* que da acceso a un paseo flanqueado de árboles altísimos, me sentí a gusto y envuelto por un bosque espectacular que, según dicen, no se ha talado desde la fundación del santuario.»

«[...] Cuesta comprender que cada veinte años se desmonte el santuario y se vuelva a construir con material nuevo. En lugar de admirar y preservar la historia, como hacemos en Europa, los sintoístas parecen venerar algo inmaterial, de lo cual el santuario de Ise es solo una representación efímera.»

«[...] Los dos santuarios principales de Ise —el interior, Geku, y el exterior, Naiku— aparecen en los dos libros más antiguos de Japón, el *Kojiki* («Registro de los hechos antiguos»), del año 711, y el más elaborado *Nihon Shoki* («Crónicas de Japón»), de treinta tomos y a menudo abreviado como *Nihongi*, del año 720. En ellos se dice que los santuarios fueron fundados en el año 4 a. C. por la princesa Yamatohime-nomikoto, hija del emperador Suinin, y de aquí se deriva toda la mitología que habla del origen de Japón.

Amaterasu, la figura central del panteón sintoísta, es la diosa del sol, fundadora del imperio y antepasada directa de la familia imperial japonesa. Su

nombre completo es Amaterasuomikami, que significa 'diosa gloriosa que brilla en el cielo'. Es hermana de Susano, dios del mar y de las tormentas, y de Tsukuyomi, dios de la noche y de la luna.

Según la mitología, el mundo de abajo era, al principio de los tiempos, una gran masa informe y líquida, hasta que dos divinidades del mundo de arriba, Izanagi y Izanami, golpearon esta masa con uno de sus remos e hicieron que naciera una isla. En cierto momento, Izanami murió y fue al inframundo, donde su esposo la fue a buscar, en una escena que recuerda la historia clásica griega de Orfeo y Eurídice. Cuando Izanami salió del inframundo, se detuvo en el río para lavarse y nació, de su ojo izquierdo, Amaterasu; de su ojo derecho, Tsukuyomi, y, de su nariz, Susano.»

«[...] Llegué tarde a Osaka, ya entrada la noche y cansado, pero con la sensación de que había merecido la pena ir a Ise para conocer uno de los lugares sagrados de los sintoístas. Agobiado por la gran ciudad, cené unos *ramen* en un pequeño restaurante de la estación y me encerré a leer en la habitación del hotel. Al día siguiente, me desperté con ganas de ir a la montaña, lejos de la contaminación y del alboroto de las ciudades.»

«[...] El tren avanzó despacio hacia el corazón de los Alpes japoneses, siguiendo el camino abierto por un desfiladero por donde discurre un río de aguas bravas. De vez en cuando, un túnel anulaba la vista, pero no tardaba en volver al mismo paisaje montañoso, siempre con el río cerca.»

«[...] Pocos kilómetros más adelante, apareció la nieve. Estábamos al comienzo de un otoño que hasta entonces había sido suave, pero allí ya hacía frío de montaña. Al principio solo era una capa blanca muy fina, de no más de un dedo de grosor, pero suficiente para que el valle pareciera cubierto de harina y adquiriera aquel aire invernal que te lleva a canturrear en voz baja canciones de Navidad. Más arriba, todas las montañas se veían blancas.»

«[...] El paisaje de las montañas Hotaka, mirase donde mirase, era una maravilla, como una postal navideña, con muchos abetos con las ramas cargadas de nieve y picos nevados alrededor. Algunos de los compañeros de telecabina intentaron ir de excursión por los alrededores, pero enseguida desistieron.»

«[...] Los Alpes japoneses son, de hecho, una serie de cordilleras que recorren el centro de la isla de Honshu. Se dividen entre las montañas Hida, donde se encuentran los pueblos de Takayama y Shinhotaka, las de Kiso y las de Akaishi. Cuentan con unos cuantos picos de más de tres mil metros, el más alto de los cuales es el monte Hotaka, de 3.190 metros. También está el monte Ontake, un volcán de 3.067 metros que entró en erupción en 2014. Ninguno de ellos, sin embargo, supera los 3.776 metros del monte Fuji, el pico más alto de Japón.»

«[...] Al día siguiente, de buena mañana, empezaría a viajar hacia la isla de Kyushu, cada vez más al sur.»

LA ISLA DE KYUSHU

«[...] La ciudad de Nagasaki, situada al norte de la isla de Kyushu, es famosa por la bomba atómica que los norteamericanos lanzaron el 9 de agosto de 1945, tres días después de la de Hiroshima. Al cabo de cinco días, Japón se rendía sin condiciones. De los 240.000 habitantes que entonces tenía la ciudad, 73.884 murieron a causa de la bomba; no hubo más víctimas porque Nagasaki se encuentra en una bahía rodeada de montañas, que pararon la onda destructiva. En cuanto llegué a Nagasaki, dejé la maleta en un hotel céntrico y subí a un tranvía que me llevó al parque de la Paz, el mejor lugar de la ciudad para tomar conciencia de los efectos desastrosos de la bomba. En el centro del parque, la figura gigante de un monumento conmemorativo señala el cielo con la mano derecha, de donde vino la bomba, y extiende la mano izquierda abierta, como símbolo de esperanza y de paz.»

«[...] El escenario natural en el que se sitúa Nagasaki, una larga bahía rodeada de colinas y montañas, es de gran belleza. Si añadimos que la ciudad no es muy grande, puesto que la pueblan solo 400.000 habitantes, y que los tranvías circulan a ritmo lento, el resultado es una ciudad en la que el estrés característico de Japón parece inexistente. Me llamaron la atención, en el centro de Nagasaki, el pequeño barrio chino, lleno de tiendas y restaurantes chinos, además de los inevitables portales rojos con dragones esculpidos, y la llamada "isla de los holandeses", Dejima o Deshima, donde estos se establecieron entre 1641 y 1853 para comerciar con Japón. Durante todo este tiempo, que se corresponde con los años de cierre de Japón al mundo exterior, los extranjeros que no fueran holandeses tenían prohibido comerciar con el país. De hecho, Dejima es una isla artificial construida precisamente para alojar a los comerciantes, ya que los holandeses no estaban autorizados a pisar "el suelo sagrado de Japón".»

«[...] Desde principios del siglo XVIII hasta entrado el siglo XIX, los holandeses vendieron en Nagasaki muchos libros científicos impresos en Europa. Es lo que se conoce como "rangaku", el conjunto de conocimientos que se desarrollaron en Japón gracias a los comerciantes holandeses. Entre otras cosas, parece que también fueron estos quienes introdujeron la cerveza en Japón.»

«[...] Lo bueno de Nagasaki es que todo queda bastante cerca; si no, el tranvía te lleva por un precio módico. Cerca del puerto, en lo alto de una colina, fui a visitar la catedral de Oura, de 1864, y el parque Glover, dos muestras más de la presencia extranjera en Nagasaki. Este era, a finales del siglo XIX, un barrio reservado a los extranjeros. Hoy es como una parte de Gran Bretaña trasladada a Japón, con árboles inmensos, mucho césped y casas coloniales con vistas sobre la ciudad y la bahía...»

«[...] Desde Nagasaki, tenía dos opciones para ir a Kumamoto, una ciudad situada al sur de la isla de Kyushu. La primera me hacía retroceder unos cuantos kilómetros en un tren local para enlazar luego con el *shinkansen* e ir así más deprisa; la segunda, en cambio, me llevaba en autobús hasta la punta de la península de Shimabara y, una vez allí, en transbordador hasta Kumamoto. Elegí la segunda, a pesar de ser más

lenta, porque tenía ganas de ver aquella península volcánica donde en el siglo XVII habían torturado a un buen número de cristianos.»

«[...] el cristianismo arraigó sobre todo en la isla de Kyushu, que es donde desembarcó san Francisco Javier. En 1612, el Gobierno de Tokugawa prohibió el cristianismo y, durante los veinte años siguientes, se persiguió a misioneros y a todos los que profesaban esta fe, obligándolos a apostatar y, si se negaban, matándolos. Es lo que muestra la película Silencio, de Martin Scorsese.

«[...] Cuando por fin salí de la arena, sentí un alivio inmediato. A continuación, me fui directamente a la ducha y después estuve un buen rato en la piscina de agua caliente de los baños. Se estaba bien allí, medio echado, con la cabeza fuera del agua, mientras pensaba en los buenos momentos del viaje y en las cosas tan distintas a las habituales que había hecho durante mi largo recorrido por Japón. El viaje, en conjunto, me dejaba un buen sabor, pero sabía que algún día tendría que volver a aquella tierra, ya fuera para ir a la lejana isla de Okinawa, que se encuentra todavía más al sur, o a la fría isla de Hokkaido, al norte del país. Y es que lo bueno que tiene Japón es que nunca se termina. Afortunadamente, siempre quedan cosas por ver y por hacer en este lejano país.»

PENÍNSULA

Para ampliar información, contactar con:

ITZIAR PRIETO (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

T: 659 45 41 80/ E: iprieto@planeta.es